

El efecto de asfixia de toda posibilidad de debate sobre las políticas públicas se hace presente. El cuadro se cierra: el contenido de la decisión es autoevidente, lo cual hace superfluo el debate político; por tanto, sólo los que tienen aviesos intereses de círculo pueden sostener que la decisión tomada no favorece el bien común. No hay simetría entre el discurso menemista y el de los adversarios: éstos hablan desde el interés de círculo y aquél en nombre del bien nacional.

Un problema específico que debió afrontar el menemismo fue el de justificar, en términos de su identidad peronista, la política neoconservadora aplicada en su gestión. Como se ha señalado, nunca un gobierno peronista salió de una crisis sin aplicar recetas ortodoxas, pero ahora era la primera ocasión en la cual esto se hacía no como respuesta defensiva a una crisis, como viraje posterior a un fracaso, sino como iniciativa propia, a la manera de un conservadorismo.

Esta situación hizo que el clásico tic de despolitizar la decisión política tuviera especiales dificultades para desplegar, dada la visible ortodoxia ideológica del programa adoptado¹⁴. Pero esta necesidad no hizo más que reforzar, por una parte, la identificación presente en el peronismo clásico entre verdad y realidad, según la cual toda realidad es uniforme, no susceptible de interpretaciones y por tanto puede erigirse en «única verdad». De aquí que se imputara a la gravedad (característica principal de esa realidad con la que se encontró el menemismo) de la situación el tipo de receta elegida para resolverla, y no a una decisión político-ideológica particular.

Por otra parte, fortaleció asimismo el recurso a la palabra de Perón como fuente de legitimación de la práctica política adoptada. Este medio, utilizado hasta la exasperación en los años 60 y 70, reaparece ahora en boca del propio Menem, cuando afirma que su política es «peronismo de alta escuela», «lo que el propio Perón hubiera hecho», y que aquellos que lo critican «son los que se quedaron en el '45». Menem revitaliza la exégesis de Perón y se presenta como único discípulo avanzado. Esto re-sitúa al menemismo en la tradición peronista, pues una ruptura en este campo sería considerar no pertinente la palabra de Perón como guía, no ya de unos principios generales, sino de las políticas específicas de cada coyuntura histórica, por definición impredecible hace veinte años.

El giro en las políticas públicas ha traído la resignificación de la figura de la Nación. Si en el peronismo clásico la Nación coincidía con el nacionalismo económico, que a su vez significaba la integración de los trabajadores a la vida pública y así la consecución de la armonía social, en el menemismo, la Nación ya no coincidirá con el nacionalismo económico, sino con el más abstracto interés nacional, sin más. La Nación como figura ha sido vaciada de sus contenidos fuertes y ha quedado como el puro

tor niega el carácter de peronista, como ya ocurriera con la llamada «izquierda» peronista en los años setenta.

¹⁴ *Esta ortodoxia resaltó especialmente en la Argentina debido a la prédica, desde hace ya más de cuarenta años, del liberalismo económico por parte del dirigente Alvaro Alsogaray, cabeza visible del antiperonismo de derechas. Con el menemismo en el gobierno, Alsogaray no sólo encontró que su discurso era asumido sin más por sus antiguos adversarios, sino que fue nombrado asesor presidencial.*

objeto de la política peronista. Es que el recurso a la interpretación de la palabra de Perón permite identificar ahora el peronismo con otros contenidos, y así con la más general capacidad de detectar lo que la Nación necesita en cada coyuntura histórica. Ser peronista es detectar lo que la hora grave reclama para que la salud de la Nación permanezca intacta o se revitalice. El cambio de contenidos en favor de lo que la Nación necesita, es una prueba y a la vez una acentuación (porque ahora se ha despojado de cualquier contenido fijo) de la histórica identificación del peronismo con la Nación, con el interés nacional, única en tanto el resto de los políticos anteponen sus prejuicios ideológicos a ese interés superior. Por esto, los peronistas críticos del menemismo son tratados por éste como no-peronistas, pues son los que creen que el peronismo es una ideología (la del 45), cuando en verdad es un simple pero profundo amor por la Nación.

Mediante esta resignificación, la Nación mantiene su lugar central en el discurso menemista-peronista, continúa siendo el elemento opuesto a la política y a las divisiones artificiales (cuando no oscuras en función de sus intereses particularistas) que provocan las ideologías. La Nación apolítica, despolitizada, sigue siendo el objeto de la «política» peronista-menemista.

Tal vez el rasgo más característico de Menem en cuanto líder o personaje público sea lo que se ha llamado su excentricidad. La conducta pública de Menem como presidente se distingue por no diferenciarse en demasía de la vida de una estrella de televisión o del deporte. Y esto no porque los medios muestren su intimidad, sino porque él mismo se encarga de que su vida privada no goce sino de algunas reservas. Se trata de un presidente que no tiene inconveniente alguno en que se lo vea ocupando su tiempo en aprender a jugar al golf con un profesor privado en la residencia presidencial, en recibir a estrellas deportivas o artísticas. Raro es que su figura se muestre involucrada en asuntos de Estado, aun cuando intente tornar verosímil que el plan económico en el cual basa su éxito político le pertenece.

A diferencia del Perón de 1945 a 1955, Menem no puede negar su condición de político profesional, ya que ha hecho toda la carrera dentro del partido justicialista. Aun así, y esto lo sitúa en los modos de hacer política del peronismo tradicional, intenta mitigar esa pertenencia al mundo de la política profesional. Lo hace por medio de dos vías: su procedencia del interior humilde (elemento de mayor peso durante la fase de acceso al poder —1988-89—, como oposición a la vida frívola de la gran ciudad Buenos Aires y como abanderado del país real) y su modo «original» de ejercer el cargo de presidente, o sea, su no respeto de los protocolos.

La contradicción entre la ortodoxia de sus políticas y la informalidad de su figura pública es sólo aparente, pues no hace más que restablecer la dualidad entre plebeyismo (como signo de una modernización que rompe

con lo existente) y tradicionalismo, clásica del peronismo¹⁵. El plebeyismo no es una ruptura con lo dado, con los modos y los protocolos establecidos (incluido el de la figura del presidente), sino una reafirmación, por vía indirecta, de éstos. En efecto, el plebeyismo no cuestiona las conductas ni los valores establecidos, sino que se limita a degustarlos desde fuera, lo cual confirma su atracción y legitima su jerarquía. La conducta pública de Menem rompe con la idea de que un presidente no puede hacer ciertas cosas, pero confirma el imperio de los valores y las conductas de las clases hegemónicas al intentar alcanzar ese mundo desde el exterior.

Del mismo modo que el Perón del 45, Menem modifica el estilo de hacer política a través de cambios en el lenguaje¹⁶, entendido éste en sentido amplio. La contricción republicana, basada en la escisión entre el ciudadano privado que ocupa la presidencia y el rol de presidente, queda borrada. La palabra del presidente Menem y la del ciudadano Menem son indistinguibles. Su opinión sobre un evento deportivo tiene el mismo rango que sus juicios sobre la marcha del país. La apelación simultánea, por ejemplo, al «Honorable Congreso de la Nación» y a «los hermanos y hermanas de mi pueblo», repetida sistemáticamente en sus discursos, ejemplifica esta superposición entre rol institucional y rol privado. Es la adición del vínculo personal al vínculo institucional propio de la política.

A través del plebeyismo, la figura de Menem produce un efecto de acercamiento del poder a las clases populares, de que quien ocupa el poder político es «uno de los nuestros», en el sentido de que participa de todos los sueños imaginarios atribuidos a las clases populares (aprovechar la ocasión para tomar contacto con las estrellas populares o para disfrutar de los privilegios del poder; en este caso, la ocasión es la de ser presidente). «Él haría lo que haría cualquiera en su lugar», pareciera ser el pie de foto de cualquier escena menemista. Con los medios de la época, Menem recrea el vínculo público de Perón con los ídolos deportivos de su momento, sus paseos en motoneta con las chicas de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios, organización de la órbita peronista) o su frecuente aparición en espectáculos deportivos. El mitin de masas es reemplazado por la aparición en los medios como modo de renovar el vínculo y la identificación líder-masa. La imagen sustituye a la palabra como generadora de un efecto de transparencia en la relación líder-realidad.

Se trata de una «desmitificación» mitificante del poder, pues si bien éste es mostrado como lugar al cual se puede acceder sin renunciar a los propios modos, por eso mismo aparece como sitio para venerar a distancia, por medio de una suerte de proyección-identificación con el líder. El acceder al poder y no cambiar por eso los modos de conducta aparece como una característica personal del líder, precisamente como una excentricidad,

¹⁵ Ver la tensión entre tradicionalismo y modernización en el peronismo clásico, por ejemplo para las mujeres, en Plotkin, Mariano: *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1994; cap. 8.

¹⁶ De Ipola, Emilio: «Populismo e Ideología I», en *Ideología y discurso populista*, Folios, México, 1987; p. 122 y ss.